EL POBRE

SALÍA a la calle solo,
con las manos tendidas, entregadas
a la señal de paz que iban pidiendo.
De puerta en puerta daba en las aldabas
despacio, poco, humilde.
Agradecía tanto estar viviendo
que, sin querer, al paso repartía
lo suyo, que es verdad que era su alma.

Aquel día notaba
que el sol estaba bien distribuído;
la piel lo iba esponjando,
sonaba el corazón sus dulces hierros
y los dedos contaban sus monedas de oro,
de otro oro.
El aire por su parte lo amparaba.
Infantiles las cosas, de juguete
—bien mirado que el mundo parecía
de juguete a eso de las once—,
las cosas en su sitio, tan pequeñas
para poder tenerlas en las manos,
estaban de su parte y por lo tanto
la caridad de Dios todo lo abría
de un golpe suave, sin pecado.

Con una campanita repicaba,
con una bolsa
de pequeños pedazos (pan, cebollas)
cumplía con su deber emocionado.

Dormía en libertad,
la espada de madera abandonada
y el pecho descubierto.
Despertaba temprano
y la luz se acercaba piadosa
y blanca,
cal para enjalbegar en las aldeas.

Iba andando con música en los ojos
pidiendo vida por las calles,
mirando y proponiendo
que no doliera tanto la belleza.
Aquel día
alguien había puesto los geranios verdes,
minuciosos y tiernos.
Todo estaba entendido:
era hora de cantar, maravillarse
y echar el corazón por la ventana;
todo estaba entendido para siempre,
ya podía abrir los ojos al suceso,
al milagro, seguro que al milagro,
de la vida ganada por limosna.
Los niños más pequeños con sus madres
se podrían asomar para mirarlo,
que él marcharía hecho un rey de los mendigos
coronado por eso de esperanza.

Iba solo por campos y por calles.
Miraba para arriba,
quería recordar si había podido
llegar más con los ojos que otros hombres.
Hacia arriba miraba
la instantánea redonda de los cielos,
pulsera incandescente, meditando:
«Por su parte, las aves
bien quisieran volar más y más alto;
los pobres, los obreros, bien quisieran
saber poner las manos en propicio
para pedir—o dar—tantas limosnas.»

El amor lo tenía derrotado.
No encontraba razón para dolerse.
Dios no estaba con él, decía, y por eso
había que vivir por si la muerte
no era sólo morirse a cualquier hora.

(De *Una señal de amor*. Accésit de "Adonais" 1957.)

ELADIO CABAÑERO